

DENSEME LOS MUCHACHOS POBRES

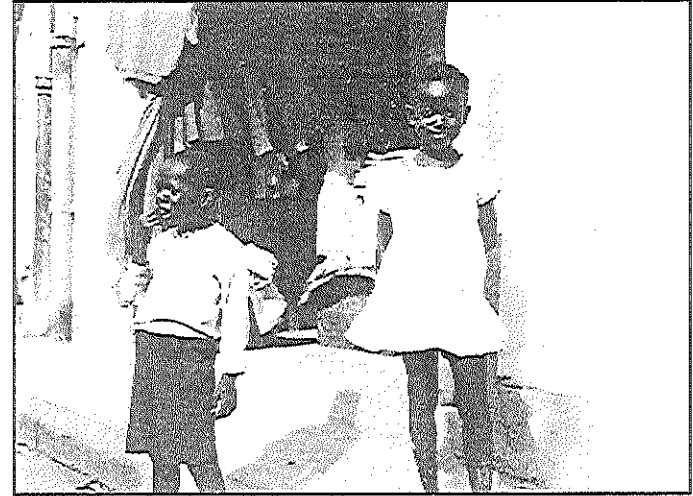
o {declaran libres al nacer
 DENSEME LOS QUE LOS HACENDADOS o no pueden enseñar
 o abandonan} por rudos

o {porque ya estan grandes
 dénsese los que la Inclusa bota o porque no puede mantenerlos
 o porque son hijos lejitimos}

*Simón Rodríguez
 (I, p. 313)*

LA HISTORIA DE
THOMAS

1



Esta foto aparece en los archivos de un educador jamaicano anónimo junto a dos cartas de Simón Rodríguez. Al parecer, serían de Thomas y su hermana, de nombre desconocido.

Hay pequeños episodios que pueden cambiar la vida de una persona y, a través de ella, la vida de muchos otros. Pueden ser situaciones aparentemente banales, coloquiales, sin mayor trascendencia que, en cualquier otro momento pasarían desapercibidas pero que, en determinadas circunstancias de la vida de una persona, en ese momento *kairós* en el que se presentan, ocasionan un terremoto, hacen que todo cambie de lugar, de posición, de estado. Al parecer es lo que le sucede a Simón Rodríguez mientras pasa sus apacibles días en Jamaica, una jornada cualquiera en esa aparentemente tranquila y divertida ciudad caribeña de Kingston, en la que recae la primera parada de un largo viaje.

Simón tiene aún algunos ahorros y no necesita todavía trabajar para sustentarse. Ha decidido estudiar el inglés que allí se habla y asiste para eso a la escuela pública de la ciudad. Ese inicio de la historia está registrado por varios de sus biógrafos.¹ A Rodríguez le gusta mucho el trato con niños. Se la pasa jugando con ellos. Se siente uno más. Aprende y juega. En las aulas y en las calles. Pero un día sucede algo que cambia radicalmente lo que piensa en relación con la educación de la infancia.

Ese día Simón Rodríguez sale de la escuela, como casi siempre, junto a un grupo de niños, jugando. El juego consiste en arrojar los sombreros al aire y atajarlos antes de que toquen otra vez el suelo. Hay una casa en la ciudad que atrae particularmente a don Simón y los niños y frente a ella suelen reunirse para jugar. Es la de los Johnston, una de las pocas con primer piso y balcón en Kingston. Es de una de las familias más privilegiadas de esa sociedad. Cuando no hay nadie a la vista, Simón y los niños juegan a ver quien emboca el sombrero en una maceta que está vacía, en uno de los rincones del balcón. Más de una vez salen corriendo a las carcajadas cuando los vienen a reprender para que no perturben la siesta de los dueños de casa.

Hasta ahora los niños siempre han fallado la puntería en ese juego y los sombreros regresan todas las veces que son lanzados, sin alcanzar la maceta. Sin embargo, no hay problema en ese aparente fracaso. Al contrario. Los niños y Simón se divierten igualmente. La gracia del juego parece estar en jugar, no en alcanzar un resultado determinado. Pero ese día, por alguna razón que lo empuja desde adentro, Simón Rodríguez decide él mismo darles una lección a los niños y se anima a

1. Por ejemplo, en Wendehake, José Rafael. *Psicopatía de Simón Rodríguez*. Panamá, Editorial La Moderna, 1935, p. 8 y Amunátegui, Miguel Luis. *Ensayos Biográficos*. Tomo IV. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1896, p. 233.

probar puntería, lo que no ha hecho hasta entonces. Para sorpresa y admiración de los pequeños, y de sí mismo, Rodríguez acierta la maceta en el primer intento. Las risas, saltos y gritos despiertan la curiosidad de los lugareños. Simón Rodríguez se muestra orgulloso y les dice: "¿Ven cómo se hace? ¡Aprendan de un hombre experiente!" Y suelta una vez más una carcajada amplia y estridente, que los niños festejan e imitan. Por un momento, se olvida de dónde están, de las advertencias del mayordomo de la casa. Juega, sonríe, se divierte. Nada más parece importar en este mundo.

Pero la algarabía dura unos pocos instantes y enseguida es reemplazada por la inquietud: ¿cómo recuperar el sombrero? Aunque es de buena estatura, Rodríguez está muy lejos de alcanzar, por sus propios medios, el piso superior de la casa. Deben además ser sigilosos porque, recuerda, ya han sido advertidos en varias oportunidades por uno de los mayordomos para que dejen de molestar la tranquilidad de la dueña o los sacará por la fuerza si insisten en jugar demoradamente en la puerta de su casa. Ni pensar, entonces, en la alternativa más fácil, que uno de los niños insiste en proponer: golpear la puerta y pedir el sombrero a los dueños de casa. Otras alternativas fracasan igualmente: ninguno de los palos que estaba en las cercanías llegaba hasta el balcón, las ramas de un árbol que está en las cercanías de la casa son demasiado frágiles para sostener incluso a los niños más delgados. Simón Rodríguez piensa en ir a buscar una escalera, pero la única que conoce está bastante lejos y el tiempo de demora puede ser fatal en el caso de que el sombrero sea descubierto: ¿de qué manera explicarán cómo llegó hasta ese lugar? Hay que resolver el problema más rápido. El maestro no sabe qué hacer.

Mientras Rodríguez sigue pensando con los niños una solución sin encontrar alternativa, Thomas, un negrito que los asiste siempre con ojos brillantes que expresan voluntad de participar del juego sin atreverse a pedirlo, y que había

acompañado todo el episodio en silencio, casi de un salto, y sin respirar, le dice a Simón Rodríguez: “¿Por qué los niños no se suben en sus hombros y uno de ellos toma el sombrero?”.

De la sorpresa, todos formando una escalera humana pasan enseguida al entusiasmo. La respuesta del maestro-estudiante viene enseguida: “es una idea genial. La llevaremos a la práctica con una condición: que seas el primero en la escalera humana, el que recupere el sombrero de la maceta”. El brillo de los ojos de Thomas es suficiente como respuesta. Ha conseguido lo que buscaba: integrarse al grupo, jugar con ellos. El resultado es magnífico: el sombrero está de nuevo en la cabeza de Simón Rodríguez en menos de tres minutos. Es cierto que algunos niños —entre ellos el pequeño Thomas— se dan un golpazo al bajar apresuradamente de la escalera humana que ellos mismos han formado, pero las risas y la satisfacción por la experiencia compartida superan cualquier dolor y raspón, en particular para Thomas que sale corriendo con los mismos ojos brillantes con los que un rato antes miraba jugar a los que ahora eran sus nuevos compañeros de diversión. Al poco tiempo, el resto también se dispersa entre risas, promesas de repetir el juego y desafíos de nuevas travesuras.²

Ese día no es uno más en la vida de Simón Rodríguez. Al volver a la pensión donde se hospeda, la imagen de lo que ha sucedido, los ojos de Thomas brillando, el tono resuelto de su proposición —que Rodríguez pudo intuir más que comprender acabadamente dado su todavía inicial aprendizaje de la lengua—, la manera en que resolvieron la situación tan rápidamente, la escapada corriendo de Thomas, en fin, Rodríguez está fijado en lo que ha pasado y lo repasa en su

2. La anécdota en sus más mínimos detalles está narrada por el biógrafo jamaicano Jonathan Sarsfield en el *Jamaica Observer* en su crónica del 1° de enero de 1810. No he visto esta anécdota recuperada en las biografías consultadas de Rodríguez ni en otro material bibliográfico.

mente hasta en los más mínimos detalles. Durante el resto del día casi no puede pensar en otra cosa. A la noche se demora en dormir, repasando las imágenes de lo sucedido.

Busca, como siempre, entender lo que ha pasado, incluso el por qué algo tan simple le ha provocado semejante terremoto interior. Vuelve a recordar los detalles de lo sucedido, espeja en su mente uno a uno los momentos del episodio. Algunas cosas fijan su atención. ¿Acaso lo ha escuchado Thomas cuando él propuso ir a buscar una escalera? ¿Cómo no se le había ocurrido antes la alternativa propuesta por el pequeño Thomas? ¿Por qué ninguno de los otros niños había pensado en esa solución? ¿Por qué la alternativa ha nacido justamente del menor, el que estaba afuera, el negrito, el extraño, en cierto modo extranjero al grupo? ¿Por qué Thomas sale corriendo a las disparadas una vez resuelto el problema si parecía disfrutar tanto de la situación y su idea había resultado un éxito? ¿Por qué no ha querido disfrutar su momento de “héroe”? ¿Por qué? ¿Por qué? Simón Rodríguez vive preguntándose “¿por qué?”.

De a poco va formulando su propio análisis de la situación. Justamente el hecho de que Thomas sea el más pequeño, el negrito, el extraño-extranjero en el grupo debe ser considerado un aspecto importante para entender lo que ha pasado. Tal vez es justamente esa condición la que le ha permitido al pequeño Thomas ver lo que él mismo y los otros niños no pueden ver. El pequeño ha inventado. Juntó dos cosas conocidas: la escalera y las personas, y pensó: “¿por qué no hacer una cosa de las dos, ya que sólo tenemos una de las dos partes?”. El razonamiento parece impecable, pero, ¿cómo puede venir la solución de alguien tan pobre, tan “iletrado”, de alguien que, evidentemente, nunca ha asistido a una escuela?

De esta manera, el pequeño Thomas lo lleva a pensar en la escuela como no lo había hecho nunca antes. No se trata de poner en cuestión sólo el funcionamiento de la escuela, su organización como hasta entonces, sino, sobre todo, su papel social, su sentido. No se puede como hasta entonces

seguir aceptando una escuela que cierre sus puertas a niños como el pequeño Thomas.

Simón Rodríguez no puede dejar de pensar. Elabora nuevos despliegues de la historia que lo acompañará por el resto de su vida: la anécdota con Thomas le ha mostrado, al mismo tiempo, el tremendo poder de la creatividad, del pensamiento, de la invención. Además, Thomas ha inventado algo que funciona, que se puede ver realizado en el mundo. Le permite también pensar que hay que escuchar a los que hablan otra lengua, a los que piensan de otra manera, a los extraños, deshabitados a los usos establecidos. Thomas ha sido un irreverente. No hizo lo que, se supone, debe hacer un niño de su condición: mirar lo que los otros hacen; obedecer callado lo que otros le mandan hacer. Toma la palabra, no sin dificultades, es cierto, pero lo hace y expresa su pensamiento. Piensa, crea, revoluciona el mundo a su alrededor. Es un pequeño e irrelevante episodio pero tal vez encierra un camino para la transformación de las sociedades y las personas que las habitan. De eso se trata, piensa Simón Rodríguez, de generar las condiciones, para que pequeños como Thomas puedan crear y recrear su vida y la de todos y no como en la sociedad colonial en la que deben someterse a un modo de vida que no es de ellos. Es preciso que todos los niños —y no sólo Thomas— puedan llegar a ser lo que son. Es precisa que la sociedad americana llegue a ser lo que es.

Las preguntas continúan sin parar: ¿cómo alcanzar ese estado? ¿Dónde y de qué manera acompañar ese movimiento que le ha permitido a Rodríguez aprender de un niño, extraño, negro, extranjero? Rodríguez pone los ojos en la escuela de la que él y los niños salían y a la que Thomas ciertamente nunca había ingresado. Dos cosas le resultan más llamativas y repiquetean en su cabeza sin parar: ¿cómo es posible que la escuela no enseñe a pensar como ha pensado Thomas? ¿Cómo es posible que niños como Thomas no estén dentro de la escuela?

Algunas preguntas no son de fácil respuesta. En todo caso, Simón Rodríguez ha vivido una experiencia filosófica y pedagógica, de transformación. Ya no puede pensar más de la manera en que pensaba, ya no puede seguir yendo a la escuela como iba hasta entonces. Lo que lo inquieta ya no es lo mismo. Algunas de sus habituales preguntas cambian. Surgen nuevas preguntas. Una inquietud se ha instalado en él, en su cuerpo, en su manera de mirar el mundo. Será necesario continuar explorando, seguir viajando, conocer otras realidades y darle una forma más consagrada a las ideas que acaban de nacer. En todo caso, surge también una convicción: no hay perspectiva para esta tierra si pequeños como Thomas continúan fuera de las escuelas o si, aun con Thomas adentro, las escuelas continúan enseñando lo que enseñan y de la forma que lo hacen. Thomas ha permitido un movimiento inusual e extraordinario en la vida de Simón Rodríguez. A partir de ese día, nada será como era antes: algunos de los principios que lo acompañarán el resto de su vida ya han comenzado a tomar cuerpo, han salido de un cuerpo y han entrado a otro y, en él, seguirán viajando para sensibilizar otros cuerpos y, a través de ellos, hacer el cuerpo de América.

Rodríguez siente que ha aprendido cosas importantes en este día. No ha sido en la escuela. Tampoco de gente conocida, sabida e importante. No son los profesores los que enseñan esta vez. Continúa pensando en esos aspectos de lo que ha vivido, en los principios que están naciendo. Hay que seguir andando. Hay que seguir yendo a la escuela. Pero después de esa pequeña experiencia con el pequeño Thomas, Simón Rodríguez ya no podrá pensar como pensaba antiguamente. Ya no podrá ir más a la escuela de la forma tranquila y templada que iba anteriormente. Ya no podrá más vivir la vida que vivía. Habrá que vivir, a partir del encuentro con el pequeño Thomas, una nueva vida.

Créame Vd., mi querido amigo, su hermano de Vd. Es el mejor hombre del mundo; pero como es un filósofo cosmopolita, no tiene ni patria, ni hogares, ni familia, ni nada.

Simón Bolívar

(Carta de S. Bolívar a Cayetano Carreño, Cuzco, 27 de junio de 1825. In: Cartas, 2001, p. 129)

VIAJAR Y FORMAR(SE):

LA ERRANCIA

2

Efectivamente, las cosas ya no podrán más ser de la misma manera para Simón Rodríguez después de haberse encontrado con Thomas. Al día siguiente la escuela ya no parece más la misma. Los niños que la habitan tampoco. Rodríguez siente todo el día una especie de perturbación, en el pensar, en el sentir, en el cuerpo. Algunas presencias parecen ausencias. Algunas ausencias todo lo ocupan. Pero las condiciones no están dadas para una acción inmediata: el contexto presente no parece el más adecuado y su propio pensamiento necesita profundizar y consolidar las inquietudes surgidas. Es tiempo, entonces, de seguir viaje, primero a Estados Unidos y después a Europa, para esperar un momento más oportuno y para prepararse para ese tiempo.

Los inicios del viajante

En lo que sigue presentaré un recorrido por esa vida sorprendente por la historia de Thomas. Daré algunas pinceladas de lo que ha sido, desde sus inicios, una vida de maestro. Hablar de la vida de Simón Rodríguez pide un verbo en potencial. Es el modo que más le cabe dada la incertidum-

bre y ausencia de certeza sobre casi tantos momentos de su existencia. Es el tiempo en que debería leerse la narrativa que sigue, aun cuando ceda a la tentación del indicativo.

Simón Rodríguez habría sido un niño expósito. Quién sabe, el pequeño Thomas también lo es. Es algo bastante común en aquellos tiempos. Significa que sus padres lo habrían abandonaron al nacer, al final de octubre de 1769 o 1771, no está del todo claro.¹ Quiere decir también que desde el inicio de su vida se habría visto expuesto a andar, a viajar para buscarse y ganarse un lugar.² Sus padres habrían sido Cayetano Carreño y Rosalía Rodríguez. Tiene un hermano, Cayetano Carreño, también expósito. Ambos son criados por quien sería un tío de ellos, el presbítero

1. La tesis de 1769 parece más documentada. Es defendida, entre otros, por Rafael Castellanos, 2007, p. 7. Véase la nota 1 en que hace referencia al acta de bautismo de Rodríguez, encontrada por Manuel Márquez, con la asesoría de Pérez Vila en 1979, en la Parroquia de la Candelaria. Según cuenta ésta, Rodríguez habría nacido el 28 de octubre de 1769. Castellanos cita a F. Morales, "Cronología de Simón Rodríguez". In: Rodríguez Simón, *Sociedades Americanas*. Caracas, 1990, p. 311. Con todo, la mayoría de los biógrafos defiende el año de 1771 como el del nacimiento de Rodríguez.
2. Los biógrafos asignan diferente importancia a este hecho. Mercedes M. Álvarez no ve en ello nada especial, en la medida en que, según ella, la ley asimilaba los expósitos a los hijos legítimos (1977, p. 17). A. Uslar Pietri ve allí un efecto de universalidad que lo hace hijo de nadie y de todos, que le permitía ser llamado de cualquier manera y ser hijo de cualquier madre de clase alta de la ciudad. Carlos H. Jorge (2000, p. 63 ss) hace de este hecho un elemento fundamental para comprender toda la obra de Rodríguez. También lo hace León Rozitchner en su magnífica lectura del caraqueño. Para Rozitchner, ese hecho le ha permitido sentir el sentimiento del otro como propio dando así sentido a una vida afirmada en la compasión y dedicada a la educación de los niños pobres, los desposeídos de origen, los que viven desde el inicio la carencia, la pobreza y el sometimiento (2012, p. 25-6; 72).

Rodríguez, sacerdote respetado, culto, de amplia biblioteca. Aparentemente los hermanos son bastante diferentes, no sólo por el apellido, uno tomado del padre, otro de la madre, sino por su modo de estar en el mundo. Su hermano es organista de profesión y nunca salió de Caracas. Simón Rodríguez, en cambio, tiene mucho más que una profesión y a los veinte y seis años se va de Caracas para no volver nunca más.³

Desde los primeros años, la vida no sería quietud para Simón Rodríguez. Va a una de las tres escuelas de la ciudad pero por ser expósito su inserción en la universidad no es fácil. De todos modos, con su tío sacerdote ha recibido una buena formación, lo que incluye el aprendizaje de lenguas y, sobre todo, un contacto directo con una rica biblioteca. Por recomendación del reconocido educador Guillermo Pelgrón, el Cabildo de Caracas le otorga el título de maestro cuando es aún muy joven, en 1791. Es muy probable que en ese entonces ya tenga varios años de experiencia pedagógica como ayudante de Pelgrón. Enseguida toma a su cargo, en la Escuela de Primeras Letras, un grupo de ciento catorce niños, setenta y cuatro que pagan y cuarenta que no pagan, nueve de ellos, expósitos. En ese mismo año, con veinte y pocos años de edad, Rodríguez se casa con María de los Santos Ronco, con quien conviviría cuatro años antes de salir de Caracas para ya no encontrarla más. En su casa también vive su hermano con su familia y otros niños de quienes tiene a su cargo la educación.

En 1795, se vuelve maestro del huérfano Simón Bolívar con quien traba una relación duradera y profunda. Las vidas de Rodríguez y Bolívar se entrecruzan en varios sentidos.

3. Detalles más precisos pueden encontrarse, entre otros, en el estudio introductor de A. Rumazo González a las *Obras completas* de Simón Rodríguez, "El pensamiento educador de Simón Rodríguez", I, p. 21-132.

Se afectan de un modo singular, incuestionable, profundo. Ninguno sería lo que es si el otro no hubiera entrado en su vida. En algún sentido, no pueden vivir el uno sin el otro, aunque los años confirmados de convivencia hayan sido relativamente pocos, unos cuatro en total: unos pocos meses en este inicio, unos tres años en Europa, otros pocos meses al reencontrarse en América. Son dos viajeros empedernidos. Los viajes los separan y los unen. Los dos conciben la vida como un viaje. En ese viaje, la presencia vital del otro es sentida como necesaria, impostergable, esencial. Así, se habla de Rodríguez como el maestro de Bolívar, más de lo que se habla de Bolívar como el discípulo de Rodríguez, aunque los dos enlaces tienen fuerza semejante. Sin embargo, ambas vidas también pueden disociarse, tienen una densidad existencial que no se reduce a la presencia del otro, que, sin negar esa presencia, la extrapola, la excede. Así como hay un Bolívar más allá de Rodríguez hay también un Rodríguez más allá de Bolívar, tanto que, cuando insisten en puntuar que ha sido el maestro del Libertador, relativiza su importancia. Lo ha sido, entre otras cosas.

Vale destacar algunas circunstancias del primer encuentro. El motivo es un conflicto jurídico entre el tío y tutor de Bolívar, Carlos Palacio, y su hermana, María Antonia Bolívar, por la tenencia del menor que tiene sólo 12 años. Su hermana prefiere que sea educado en el Seminario pero su tío defiende que sea en la casa de Simón Rodríguez, donde había otros menores en la misma condición, a lo que el tribunal accede no sin protestas del propio Bolívar que incluso huye en una oportunidad hasta que el Obispo lo lleva de vuelta a la casa de Rodríguez con la promesa de que no se lo reprendiese por su fuga.

Un año antes, en 1794, Rodríguez dirige un documento público al Ayuntamiento de Caracas criticando la Escuela de

Primeras Letras y proponiendo su Reforma.⁴ Es un documento organizado en dos partes, la primera con seis reparos y la segunda con tres capítulos destinados a proponer una nueva estructura para los establecimientos. El modelo parece ser el de las Escuelas de Primeras Letras de Madrid, la única institución mencionada de forma elogiosa en el documento.⁵ Sus reparos están agrupados en seis tópicos, pero contienen en verdad una crítica técnica del modo en que funciona la escuela en la sociedad caraqueña: la escuela no tiene la estima que merece; cualquier cosa sirve de escuela: hasta una peluquería o una barbería; eso, porque no se conoce ni da valor a su utilidad; no se deja entrar a quienes más lo precisan, siendo que todos —blancos, pardos y morenos— tienen igual derecho a la instrucción; la enseñanza es parcial, débil e incompleta; no se reconoce lo difícil y específico de las primeras enseñanzas y la consecuente formación necesaria para ayudar a aprender a leer y escribir, ortografía, castellano y latín, aritmética, formación cívica y religiosa; no se percibe que el tiempo de la infancia es también de juego, diversión y tiempo libre; las instalaciones son precarias, las condiciones de trabajo del maestro, paupérrimas; su remuneración, lastimosa.

La propuesta de Rodríguez incluye la creación de nuevas escuelas con maestros y pasantes designados para cada una de ellas y contiene un pormenorizado instructivo sobre su modo de funcionamiento en los más mínimos detalles, sobre cómo deberían estar equipadas y el papel de cada uno dentro

4. El texto, intitulado "Reflexiones Sobre Los Defectos Que Vician La Escuela De Primeras Letras En Caracas Y Medios De Lograr Su Reforma Por Un Nuevo Establecimiento" está publicado en I, p. 195-222.
5. I, p. 208. Para un análisis más amplio de la inspiración teórica y pedagógica de S. Rodríguez, de un análisis histórico-institucional de la Escuela Pública de Caracas y de otros documentos anteriores a éste, véase J. Lasheras, p. 78 ss.

de ellas, cómo se seleccionarían los maestros y los estudiantes, sus salarios y causas de destitución, una normativa para la gestión y administración escolar, los muebles precisos para su adecuado funcionamiento, indicaciones sobre cómo debe ser empleado el tiempo en ella, un reglamento interno de conducta, en fin, se trata de un sofisticado y pormenorizado instrumento legal y regimental para ordenar no sólo esa escuela sino todas las otras que componen el sistema escolar caraqueño.

Aunque se percibe cierto tono crítico y enérgico que marcará toda la vida de Rodríguez, y aun cuando seguirá compartiendo algunos tópicos —como el de la importancia del juego en la escuela; la necesidad de aprender varias lenguas y de los maestros estar bien remunerados— este primer documento está todavía bastante lejos de aquellos más característicos del don Simón más tardío. Aquí, el joven Rodríguez hace una escuela bastante acomodada a la Caracas colonial de su tiempo. El tono es de una prescripción acentuada en las cuestiones técnicas. Se percibe una retórica normativa, segura de sí. El estilo es casi solemne, bastante diferente del que caracterizará su prosa en los escritos publicados al retornar a América. Con algo más de veinte años, escribe propiamente como un legislador-administrador, alguien que sabe y proyecta el mejor modo de organización, funcionamiento y administración de la institución escolar caraqueña, aun sin cuestionar a fondo el papel social que desempeña. Se nota que ha leído buena parte de la literatura disponible en la materia en lengua española, muy probablemente influenciado por el llamado Movimiento de San Ildefonso.⁶ Sin embargo, está lejos de ese conocimiento del pueblo que él mismo dice ser necesario para un Director de

6. Para ampliar este punto, véase la argumentación de Lasheras, 2004, p. 78 ss.

Escuelas y que sólo podrá venir con los viajes y los aprendizajes de la vida.

La escuela que defiende Rodríguez en ese documento continúa siendo elitista y conservadora, aun se sabiendo más organizada y técnicamente más eficaz que la existente. De hecho, el documento fue precedido por un proyecto parcial, encomendado y aprobado por el Cabildo de Caracas, que también aprobó la versión final del Plan de Escuelas. En ese Plan, no hay un compromiso firme con el pueblo, con los nativos, los desposeídos de su tierra, su lengua y su cultura. Es cierto que se postula la igualdad de derechos de todos de acceder a las escuelas pero no hay en el documento el menor movimiento para que ese derecho se torne efectivo. Llama la atención, incluso, que en la sección “Modo de incorporar los discípulos en las escuelas”, en el apartado 27 Rodríguez afirma que “sólo los niños blancos podrán ser admitidos...”,⁷ y si bien en una nota, al final del documento, sostiene que si se estableciesen escuelas para niños pardos y morenos deberían gobernarse por el mismo director y por los mismos preceptos,⁸ el modo potencial no es acompañado de una propuesta específica de creación de escuelas para pardos que, en las instituciones existentes y en el documento, estaban restringidas a los niños blancos.

En todo caso, la propuesta presentada por el Síndico Procurador a la Real Audiencia es rechazada por el Fiscal encargado de analizarla por las siguientes razones: a) no se sabe el presupuesto del Ayuntamiento; b) no se necesitan tantas escuelas para blancos; c) es inaceptable que no se abran escuelas para pardos.⁹ El Fiscal propone algo que el propio Rodríguez vería después con menos fastidio que el que le despertaría su presente propuesta: que se abra una

7. I, p. 213.

8. I, p. 222.

9. Véase Lasheras, 2004, p. 96.

escuela para blancos (ya había tres, con lo que sumaban cuatro) y dos para pardos. La disputa entre la Real Audiencia y el Ayuntamiento gira en torno del acceso de los pardos a las escuelas. La primera lo impulsaba, por considerarlos "los brazos de la República", el segundo —aliado al Claustro Universitario y al Obispado— lo negaba. De ese lado, el menos popular, queda el joven Rodríguez en ese entrabe. Como consecuencia de la imposibilidad de poner su proyecto en práctica, Rodríguez renuncia primero al cargo y poco tiempo después, aparentemente en 1797, deja su mujer y su ciudad, iniciando una serie de viajes que nunca más lo traerán a Caracas.

Su partida no necesariamente está en relación directa con este revés político-institucional, ni con un movimiento revolucionario con el que se lo suele identificar, el Complot de La Guaira de 1797, a partir de una alusión del propio Rodríguez.¹⁰ Sin embargo, su testimonio no parece del todo creíble porque: a) en ninguno de los documentos de archivo se hace referencia a Rodríguez; b) la referencia a su participación sólo aparece en él mismo y de modo vago e impreciso; c) las primeras ejecuciones tienen lugar en 1799, dos años después de la partida del maestro; d) Rodríguez no ha tenido ninguna participación política hasta regresar a América. La hipótesis más probable es que, después de haber renunciado al cargo de maestro en la escuela y de haber perdido la formación de Simón Bolívar, haya quedado sin ingresos y con el deseo de buscar seguir su vida en otro contexto más favorable a su necesidad de seguir leyendo y aprendiendo. Es más posible que Rodríguez haya tomado conocimiento de los hechos de modo indirecto y ya fuera de Venezuela. El caso es que, hacia 1799, Rodríguez sale del

10. Para lo que sigue, me apoyo en una investigación detallada de Maximiliano Durán actualmente en curso, transmitida por correo electrónico.

país, dejando a su mujer y sus discípulos, empezando un viaje que sólo se detendrá con su muerte y ni siquiera con ella porque sus restos serían también trasladados desde Lima, Perú a su ciudad natal, Caracas.¹¹

De viaje por el mundo

Kingston parece haber sido la primera parada en el viaje que lleva a Simón Rodríguez lejos de Venezuela y de América. Es también un momento decisivo, crucial. El cambio de timón es radical. Empieza, con la historia de Thomas, un nuevo pensamiento, una nueva vida. Tanto que es necesario cambiarse el nombre, de Simón (Narciso) Rodríguez para Samuel Robinson. Sólo las iniciales se mantienen, el inicio del primer inicio en el nombre y el apellido. Para algunos intérpretes, la razón aparentemente más fuerte de este cambio indicaría que es para protegerse de sus eventuales perseguidores. Pero hay otras razones más afirmativas.

La historia de Thomas ha mostrado a Simón Rodríguez que es preciso mirar el mundo y sus habitantes desde otro lugar. En ese sentido cambiarse el nombre es una apuesta osada, aventurera, señaladora de la necesidad de buscar una nueva identidad, un estar en el mundo diferente, un pensar de otra manera, un practicar otras formas de vida social, una nueva escuela de vida. Es una forma de compromiso con el aprender a partir de un aprendizaje crucial, experiencial, marcante, venido de alguien que casi no tenía expresión en la propia vida y, de ahora en más, pasa a conformar uno de sus principales sentidos. Es también la marca de una disposición, un no saberse definitivo ni acabado, aunque se tengan principios firmes y conviccio-

11. Véase: Traslado de los restos de Simón Rodríguez, de Lima a Caracas, 1955.

nes profundas. Es una forma de apuesta vital, de marcar una posibilidad para la escuela y para la vida, a partir de una escucha atenta al otro, al silenciado, al desposeído, al extranjero, al ignorado.

El nuevo nombre acompaña a Simón Rodríguez durante veinte y tantos años. Sale de Jamaica y viaja por Estados Unidos y después por Europa, hasta retornar nuevamente a América, cuando seguirá viajando por Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, esta vez nuevamente con su primer nombre. Ya sabe varias lenguas y cuando no, aprende la lengua nativa del país que visita, lo que le permite entender inglés, alemán, italiano, portugués, polaco, ruso y francés. ¿Qué hace en sus viajes? Se sabe poco de sus actividades concretas; sólo es posible conjeturar que lee mucho en cada lugar, que busca aprender lo más distintivo de cada cultura y que va madurando su pensamiento sobre la escuela y su papel social. Trabaja cada vez que lo necesita, de modo general enseñando y no pocas veces ya que, a diferencia de Bolívar, no dispone de una gran fortuna ni una familia que lo sustente. La mayoría de las veces, consigue reunir lo interesante con lo necesario, y se gana la vida en una escuela. Esto es lo que busca Rodríguez después de su encuentro con Thomas: algo de eso él mismo lo dice cuando se refiere a las cualidades del Director del Proyecto de Educación Popular instaurado por Bolívar, esto es, a sí mismo: “conocimiento práctico del Pueblo, y para esto haber viajado por largo tiempo, en países donde hay que aprender, y con la intención de aprender”.¹² Pocos, si alguno, en América, han viajado como él. Nadie con su finalidad: aprender lo que hay que aprender en cada lugar, lo más propio de cada lugar: su lengua, su cultura, sus tradiciones, su filosofía, su organización social y política.

12. II, p. 359.

La vida sigue su curso. En Estados Unidos trabaja de tipógrafo en Baltimore. En Francia, abre una escuela en Bayona, cerca de la frontera con España, para enseñar español, francés e inglés. Deja esa escuela para abrir otra de español en París, con el fraile mexicano Fray Servando Teresa de Mier. Así sucesivamente, en varios estados europeos (Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia), aprende, lee y enseña. En cambio, no hay demasiados registros de escritura, más allá de una traducción, en París, en 1801, del *Atala* de Chateaubriand y los primeros borradores sobre “Instrucción Pública” que publicaría años más tarde en América. Estudia. Sobre todo, estudia, en los libros y en la vida. Quiere aprender también de ese viejo mundo extranjero. Allí, las mayores enseñanzas están en los libros. Al final, son las letras, las obras y no los modos de vida lo que ha dado de mejor el viejo mundo. Son tiempos de estudiar, de “ir a la escuela” de los libros y de la vida, a aprender e inspirarse en esas letras, de prepararse para la nueva vida, para vivir preparado, para una vida en permanente preparación, para una vida que se sabe y se dispone preparada para la propia vida.

Muchos de sus aprendizajes tienen que ver con el mundo físico, tanto que siempre viaja acompañado de libros e instrumentos. Estudia no sólo matemática, física y química, sino también geología, geografía, hidráulica, ingeniería, botánica, agricultura, carpintería. Su formación es experimental como después él mismo quiere que sea la educación popular. También por eso, al volver a América funda no sólo escuelas sino además aserradores y fábricas de jabones y velas y desarrolla un sinnúmero de actividades prácticas relacionadas con el mundo del trabajo industrial después de ser nombrado por Bolívar no sólo “Director e Inspector general de Instrucción Pública y Beneficencia” sino también “Director de ciencias físicas, matemáticas y artes y asimismo, de minas, agricultura

y camino públicos de la República”.¹³ Rodríguez es, en la consideración de su discípulo, un auténtico sabio: lo sabe (casi) todo de (casi) todo.

En París se reencuentra justamente con Bolívar, con quien comparte unos tres años en los que realizan algunos viajes. Juntos hacen una parte del trayecto a pie y otra en diligencia hasta llegar a Italia donde, en Milán, asisten a la coronación de Napoleón como rey de Italia. Lo consideran un acto vergonzoso: un general republicano arrodillándose ante las imágenes reales. En Roma, en la cima del Monte Sacro, Bolívar jura ante S. Rodríguez no descansar hasta liberar la Patria del poder español ante un pueblo, el italiano, que ha mostrado muchas virtudes, pero ninguna que tenga que ver con la emancipación del espíritu, esto es, una vida bella, libre y justa para los seres humanos. Para eso ha formado Rodríguez a Bolívar. También para eso el discípulo quiere seguir teniendo al maestro a su lado. La nueva América será la tierra de esa emancipación. Después de jurar libertar la patria, pasan por Nápoles y de allí vuelven a París donde Rodríguez permanece, cuando Bolívar decide regresar a América. Aparentemente, no se siente todavía convencido de regresar. Prefiere esperar a ver el andar de la revolución militar y política para hacerse cargo de la revolución social. Continúa viajando. En Rusia dirige una escuela de primeras letras. Ninguno de sus proyectos es de larga duración, lo que no debe entenderse como un fracaso.¹⁴ Rodríguez es un iniciador, un inspirador, un apostador. Lo que interesa está en lo que acontece, en lo que se provoca, no en un producto final.

13. Véase Lasheras, 2004, p. 256.

14. De manera elegante, el subtítulo del seminario de León Rozitchner sobre Simón Rodríguez muestra la fuerza de su aparente falta de éxito: “Simón Rodríguez: el triunfo de un fracaso ejemplar”.

De viaje por Inglaterra, en Londres, se encuentra con Andrés Bello, con quien volverá a verse muchos años después en Santiago de Chile. Otra vez abre una escuela. Crea sus propios métodos de enseñanza. Siempre así: viaja, aprende, enseña. Hace escuela, literalmente y también va consolidando una idea de escuela, de lo que significa hacer escuela. Thomas está siempre presente, en la vigilia y en los sueños. El recuerdo de esa experiencia no se apaga y lo mantiene permanentemente en movimiento. No para nunca más de viajar. Los viajes forman parte de su escuela. También eso ha aprendido con Thomas, a no quedarse quieto, a aparecer donde no es esperado y a retirarse cuando ya no hay nada más que hacer. No quiere llegar a ningún lugar en particular. Su patria no es Venezuela, ni siquiera América, menos Estados Unidos o Europa. Tal vez el mundo.

Sí, vale la pena subrayar el “tal vez”. “Tal vez el mundo”. Si es que no hay vida en otros mundos. Mejor dicho, su lugar está en el mundo de la vida allí donde se encuentra alguna forma de vida. En 1823 decide retornar a América. No lo hace por ser americano sino para realizar el proyecto libertario que ha compartido con Bolívar. Y porque la considera tierra propicia “para la conferencia y para los ensayos”.¹⁵ Rodríguez es un cosmopolita, un “miembro de la Sociedad Humana”,¹⁶ alguien para quien “mi patria es el mundo, y todos los hombres mis compañeros de infortunio. No soy vaca para tener querencia, ni nativo para tener infortunio”.¹⁷ A su manera, Rodríguez deshace el localismo sin negarlo, lo resitúa como parte de algo mayor. Singularidad de América y de Simón Rodríguez.

15. Carta a Bolívar, 7 de enero de 1825. In: *Cartas*, p. 141.

16. Carta a Roberto Ascázubi. In: *Cartas*, p. 187.

17. Carta a José Ignacio París, 30 de enero de 1847. In: *Cartas*, p. 201.

El retorno a América

Cuando retorna a América, llega a Cartagena, Colombia. Como dijimos, vuelve a llamarse por su anterior nombre. El primero. Ese nuevo cambio señala, tal vez, el reencuentro con una tierra propia, conocida. Significa también, tal vez, el inicio de una nueva etapa, de experimentaciones, de ensayos, de ejecución de ideas largamente pensadas. Ahora sí las condiciones parecen estar dadas para poner en práctica todos las consecuencias de aquel encuentro impactante con el pequeño Thomas. Es preciso confirmar la independencia en el cuerpo y en el alma de la cada uno de los habitantes de esta tierra. En la vida individual y compartida. Para eso, hay que hacer una escuela con todos, para todos, de todos.

Es el tiempo de una nueva escuela. Por eso, busca encontrar a Bolívar para que se ayuden mutuamente a realizar el juramento común realizado en Roma. No le resulta fácil. Bolívar está en Perú y también hay muchos hombres entre los dos. No puede quedarse quieto. Mientras espera el encuentro, se instala en Bogotá. Allí abre una escuela donde antes había un hospicio. Simón Rodríguez hace su primera escuela americana, su primer ensayo de escuela.

Si no tenemos demasiados datos precisos sobre sus escuelas en Europa, la situación es distinta sobre esa escuela que abre después de retornar a América, denominada "Casa de Industria Pública", el primero de sus dos grandes intentos por plasmar sus ideas en una institución escolar. Consigue que le cedan el edificio público en que funciona el Hospicio y él mismo trabaja en su refacción y adaptación. Es una escuela para el pueblo, los pobres, los brutos, los desclasados o ilegítimos. Como su nombre lo indica, es una escuela de oficios, de producción y formación para la vida y para el trabajo, abierta a los bogotanos excluidos.

Esa es la escuela más importante que empieza a hacer Rodríguez cuando regresa, una escuela que no se confunde con el edificio, sus salones de clase, sus muebles, sus métodos y actividades. Rodríguez hace la escuela de la irreverencia, hace escuela donde se desescolariza, con quienes se abandona y se considera incapaces e impotentes de entrar a la escuela. Lleva a todas las clases de Thomas que andan deambulando por Bogotá a su escuela. Esa es una nota importante de la escuela de Rodríguez: la de abrir la escuela a los que supuestamente no tienen condiciones de entrar en ella o no están preparados para ella. La escuela de Rodríguez es una escuela sin condiciones, sin requisitos, sin credenciales para mostrar en la puerta de entrada. Es una escuela abierta de par en par a los que nunca entraron a la escuela, a sus extraños extranjeros, a los chocantes foráneos de la ciudad.

Pero las condiciones no están dadas y Rodríguez encuentra problemas con sus interlocutores locales. Se siente incomprendido, tratado como un loco.¹⁸ Lo sabe desde el inicio, no es fácil, su escuela genera reacciones hostiles. Para sus adversarios, el lugar de los Thomas no es la escuela: es un desperdicio gastar dinero público en su educación. Rodríguez da combate. Nunca deja de intentarlo. No puede quedarse en una posición pasiva, inactiva, mientras espera encontrar a Bolívar. Prefiere arriesgar, osar. Se juega y se compromete, incluso aunque no estén dadas las condiciones para ello. Hará su *mea culpa* pero nunca dejará de intentar algo imperfecto antes de esperar a que estén dadas las condiciones ideales para su obra.

Hay allí también un legado. También así hace escuela Simón Rodríguez. Algunos pueden decir que ha fracasado en este y otros intentos. No lo creemos. Por detrás de una propuesta derribada hay un número significativo de nuevas vidas encontradas. Y hay una idea de escuela que ha hecho

18. Carta a Bolívar, enero 7 de 1825. In: *Cartas*, p. 141.

escuela, que ha abierto, fortalecido, pensamientos y vidas y que, robustecida, pasa por encima de los escombros de la escuela derribada.

Cuando siente que no hay más condiciones de intentarlo, deja el proyecto para ir hasta Perú en busca de Bolívar, ya nombrado por Bolívar comisario de una división del Ejército que iba a reunirse con él. El viaje no es sencillo. No resulta fácil viajar en América en ese tiempo. Después de salir de Cartagena, una tormenta lo deposita en Guayaquil donde se reorganizan para reanudar el viaje durante más de dos meses. Han pasado en total seis meses desde el inicio del viaje cuando Rodríguez llega a una casa de campo, cerca de Lima, la Magdalena, donde Bolívar tiene su cuartel general. Allí, Bolívar hace jurar a Simón Rodríguez que jamás volverían a separarse hasta la muerte.¹⁹ Después de ese mutuamente tan ansiado encuentro se dedican a planear el proyecto de Educación Popular, viajan juntos al Alto Perú, en primera instancia, a Arequipa y Cuzco donde comienzan a poner en marcha la dimensión educativa de la Revolución. Abren un Colegio para niñas de "cualquier clase". En La Paz inauguran una biblioteca. En Chuquisaca, entonces capital de Bolivia, Rodríguez presenta el Plan Educativo para el país y es nombrado Director de Enseñanza Pública y de varios otros asuntos, como ya mencionamos.

Sin embargo, al poco tiempo otra vez Rodríguez y Bolívar se separan tras estas acciones conjuntas en Bolivia y ya no vuelven a comunicarse antes que el Libertador muera cinco años después. Bolívar intenta hacerlo, pero el Arzobispo de Lima, Luna Pizarro, intercepta las cartas que no llegan al destinatario.²⁰ Aunque hay razones puntuales que explican la separación, es difícil no sospechar en alguna incompatibilidad entre dos figuras tan fuertes que justifique lo que después

19. Carta a José Ignacio París, enero 6 de 1846. In: *Cartas*, p. 193.

20. Carta a José Ignacio París, enero 6 de 1846. In: *Cartas*, p. 195.

Rodríguez va a percibir con tremendo arrepentimiento. Dos gigantes, dos vidas. ¿Razones de carácter? ¿Estilos diferentes? ¿Tal vez dos modos distintos de hacer escuela? En cualquier caso, Bolívar regresa a Lima y, sin él, Rodríguez no consigue llevar a la práctica sus ideas: al poco tiempo, le escribe a Bolívar afirmando que debe abandonar el proyecto.

Rodríguez no se entiende con el Mariscal Sucre ni con otros con quienes debe trabajar. En verdad, se entienden y se enfrentan por defender intereses opuestos. Después de seis meses, Sucre, bajo la influencia del clero, cierra la escuela modelo creada por Rodríguez en Chuquisaca, aprovechando un viaje de éste a Cochabamba para crear nuevas escuelas. Rodríguez se siente incomprendido, deshonrado, traicionado. Sucre lo acusa de albergar "muchachos, mujeres perdidas y holgazanes"²¹ oponiéndose así a los principios y el sentido de su educación popular: instruir a pobres y desclasados de ambos sexos para el trabajo y para la vida, formar los ciudadanos que necesita la república con las gentes de la propia tierra, despojadas de lo que les pertenece. Otra vez Thomas aparece en escena. Lo que está en juego son dos modos de hacer escuela. Para Rodríguez, hacer escuela es restituir a los desposeídos lo que les es propio: la tierra, la cultura, la lengua, el pensamiento, la vida. Los defensores del estado de cosas reaccionan violentamente: invierten su restitución, re-restituyen. Vuelven a expulsar a los Thomas de la escuela. Restituyen a la clase oligárquica lo que Rodríguez había invertido en la educación del pueblo, enseñan a leer y a gritar la biblia y organizan las instituciones para perpetuar el estado de cosas, como en Europa. Dejan desamparados a más de dos mil niños matriculados y cerca de mil recogidos.²² Fundan Casas de Misericordia, Recovas, Institutos de Caligrafía para mozas. Vuelven todo para atrás.

21. A. Guevara, 1977, p. 246.

22. Carta a José Ignacio París, 6 de enero de 1846. In: *Cartas*, p. 194.

Retroceden los tiempos del pueblo. Congelan el movimiento de la tierra. Clausuran la escuela para los desposeídos y la restringen a los mismos privilegiados de antes.

A Rodríguez se lo deturpa y declara un loco. Se lo difama. Se lo descalifica como extranjero, como un Thomas. Eso hace Sucre, en carta a Bolívar, con expresiones tales como "tiene la cabeza de un francés aturdido" y "Sus francesadas llegan hasta...".²³ Sucre afirma que "Al describir a Ud. todas las locuras de este caballero tendría que ser muy largo".²⁴ Hay que maniatar a Rodríguez: extraño, loco, extranjero: no puede hablar la lengua de otra escuela, debe hablar la lengua de la escuela hecha por y para los que, todavía, mandan en esta tierra. El discurso de Sucre es el discurso del poder, de la escuela del poder, la misma que excluye, descalifica e ignora a los pueblos originarios, los que hablan otra lengua. Es la lengua de la hostilidad.

Como cada vez que se siente incomprendido, Rodríguez no polemiza y se retira en silencio. Casi como Thomas, sale corriendo. Apenas esgrime sus razones y su escuela por escrito a su discípulo y principal y casi único sustento. Ni siquiera cuestiona a Sucre en esas cartas y más bien lo considera influenciado por otros personajes menos valiosos para la causa republicana. Desca fuertemente volver junto a Bolívar, no sólo por sí mismo, sino porque siente que se necesitan mutuamente, que no podrá hacer cabalmente escuela sin estar junto a él. Va a su encuentro, pero Bolívar ya ha partido para Colombia y nunca volverán a encontrarse. Lejos de Bolívar, sus condiciones económicas empeoran paulatinamente. Nunca saca rédito económico de sus proyectos. Roba para los otros, para los que han sido robados desde antiguamente, pero nunca para sí, sólo vive de su trabajo. Aunque trabaja y escribe incansablemente, sus proyectos

23. A. Guevara, 1977, p. 245.

24. A. Guevara, 1977, p. 246.

se quedan siempre con todo el dinero. Su lealtad pública a Bolívar encuentra su punto más alto en una *Defensa* escrita con el cuerpo, las entrañas, el corazón. Juega su vida en esa escritura. La apología abarca muchas dimensiones: ética, política, filosófica.

¿Ha fracasado Simón Rodríguez con su intento de educación popular en Bolivia? En un sentido sí, como él mismo lo admite. En otro sentido, no se puede medir el éxito o fracaso de una idea por su suceso institucional. Habría que considerar al menos otros dos aspectos. Primero, el impacto que esa experiencia escolar ha tenido para las miles de vidas de cholitos, indios, negros y zambos que, por primera vez, pudieron entrar a la escuela en América. Segundo, la contribución de ese intento a una idea de lo que significa hacer escuela en América. En estos dos aspectos no parece sensato hablar de fracaso.

En su vida, Rodríguez sigue haciendo escuela. Su apertura a los Thomas, a los nativos de esta tierra se muestra al casarse por segunda vez, esta vez con una indígena boliviana, la Teresona, con quien tiene dos o tres hijos.²⁵ La falta de suceso en el ejercicio de la política educacional de gobierno no lo desanima, al contrario. Vuelve por tres años a Arequipa. Publica. Escribe. Realiza trabajos de ingeniería hidráulica. Se entera de la muerte de Bolívar. Vuelve a Lima. Tiene algunos estudiantes y escribe. En 1834, viaja a Chile, invitado a Concepción donde es Preceptor de instrucción primaria y Director de ramos literarios del Instituto de Concepción. Consigue publicar la primera edición (introducción) de *Luces*

25. A sus hijos les habría puesto el nombre de vegetales, "Choclo" al mayor, "Zapallo" a otro y "Zanahoria" a la menor, o tal vez esos eran simplemente sus apodos. Los nombres de los hijos figuran por primera vez en A. J. Irisarri, *Historia del perinclito Epaminondas del Cauca*, Tomo II, S/L, Biblioteca de cultura popular, Ministerio de Educación Pública, 1863, p. 222. Algunas versiones de su biografía afirman que habría tenido, también, muchos otros hijos.

y *Virtudes sociales*. Al año siguiente un terremoto destruye la escuela y la ciudad. Elabora un informe sobre los efectos del terremoto y viaja a pequeñas poblaciones más al sur donde interviene en algunos emprendimientos industriales que no dan grandes resultados. En 1838 llega a Santiago donde permanece poco tiempo antes de instalarse tres años en Valparaíso. Allí se encuentra con Andrés Bello con quien comparte el valor social fundamental de la educación en América. Pero no permanece mucho tiempo y no hacen planes juntos. Rodríguez decide seguir viaje.

En Valparaíso funda una nueva escuela. Publica en la prensa y reedita *Luces y Virtudes sociales* en 1840. Pero sus discípulos e ingresos disminuyen drásticamente y busca un nuevo lugar viajando por el Pacífico hasta llegar nuevamente a Lima donde, en 1842, intenta publicar toda su obra, comenzando por *Sociedades Americanas en 1828*. La publicación no pasa de esa primera parte. Viaja al Ecuador. En Quito, dirige las Salinas del General Flores, venezolano, presidente del Ecuador. Pero Flores se queda sin fondos para las salinas y Rodríguez sube en mula a un pueblo pequeño, Latacunga, donde le piden que permanezca para dar clases en el colegio San Vicente. Las clases deben ser suspendidas por falta de cumplimiento en el pago prometido por los vecinos, apenas dos meses después de iniciadas. No encuentra fácilmente otro trabajo. Busca casi obsesivamente sustento para publicar sus obras. Con cierto apoyo para ello decide volver a Bogotá. En el camino, abre una escuela en Túquerres y al mismo tiempo, en abril y mayo de 1849 un periódico bogotano publica su *Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana*. Al llegar a Pasto, por razones políticas decide volver a Ecuador, a Latacunga donde, en 1850, con casi ochenta años, vuelve a enseñar en el colegio San Vicente, por primera vez focalizado en formar docentes. Pero después de dos rápidas deserciones, decide

volver a Guayaquil y de allí, en 1853, viaja a Lambayeque, en el Perú, con su hijo José y un amigo de éste, Camilo Gómez. Navegando en una frágil embarcación, sufre un serio accidente ocasionado por fuertes corrientes. Recae en el pueblo de Amotape, donde muere el 28 de febrero de 1854, con ochenta y tres años. Al cumplirse cien años de su muerte, sus restos son llevados del "Panteón de los Próceres" en Lima al "Panteón Nacional" de Caracas. Su cuerpo, sólo entonces, para de viajar.

Un maestro errante

"Yo no quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol y a todas las cosas que marchan sin cesar", dice Simón Rodríguez.²⁶ Vaya si se parece a esas cosas que andan sin parar, don Simón Rodríguez. Al contrario, la metáfora del árbol y de las raíces es muy fecunda en los discursos educacionales. Son bonitos, firmes y tentadores los árboles, claro. Algunos dan mucha seguridad. La idea de afirmar las raíces en la primera infancia también ha sido enormemente explotada por distintas tradiciones pedagógicas.

Simón Rodríguez pertenece o instaure otra tradición. A partir de la historia con Thomas parece aprender que para aprender y para enseñar es importante estar atento pero también estar atento en movimiento. Ni esperar ni quedarse. Llegar y salir por sorpresa. En movimiento, estar atento. Por eso, los viajes forman parte de su manera de vivir. Vive viajando, lo que significa que no vive para viajar sino que viaja para vivir. En este punto, toda repetición no es excesiva. Como Simón Rodríguez o como Samuel Robin-

26. M. L. Amunátegui, *Ensayos Biográficos*. Tomo IV, Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1896, p. 236.

son no deambula ni viaja como turista o a la búsqueda de un trabajo o fascinado por otra cultura, en pos de conocer o practicar otro modo de vida. Encuentra su vida en los viajes, en el estar en viaje, porque estar de viaje es estar a camino, entre dos puntos, el de partida y el de llegada, los dos igualmente insatisfactorios, insoportables casi, como lugares de residencia para alguien tan inquieto. De viaje se siente en casa, en un lugar de pasaje, de transformación, como la escuela, como la vida, un lugar de aprendizaje. De viaje se siente en camino hacia un nuevo proyecto, hacia un nuevo inicio, hacia una nueva vida. De viaje, Rodríguez encuentra a Thomas que lo lleva hasta Robinson y éste se deja encontrar otra vez por un nuevo Rodríguez y, a través de él, por todos, por cualquiera, por quién esté dispuesto o necesitado de salir de su lugar.

Para un maestro, la lección no es menor. Estamos acostumbrados a la imagen del maestro como alguien firme, seguro, parado en el frente del aula impartiendo su saber para los estudiantes. Estamos habituados a la fortaleza de los árboles. La imagen se extiende a los estudiantes: cuanto más concentrados, solemos pensar, más probabilidades de un conocimiento más sólido, de raíces más seguras. Ciertamente así no da clase S. Rodríguez y tampoco espera eso de sus estudiantes. Rodríguez sabe y piensa en movimiento. Hace escuela, viajando, de viaje. Tal vez pueda verse allí una razón en el propio Rodríguez de sus "fracasos" en los proyectos institucionales. En todo caso, esa es la primera enseñanza de su idea de escuela: es preciso andar para enseñar. Simón Rodríguez inventa una figura singular de educador, que podríamos llamar de un educador errante, de la errancia de un educador.

Así, la errancia es una de las notas significativas del hacer escuela de Don Simón. A partir de su encuentro con el inquieto Thomas en movimiento, se pone a andar e incorpora a su vida en movimiento un modo específico de andar

que se caracteriza por los siguientes aspectos: a) aunque supone desplazamientos en el espacio y en el tiempo, tiene más que ver con una intensidad que con una extensión en el desplazamiento, su forma se encuentra más en la calidad que en la cantidad deslizada, más en su espesor que en su largura, más en la densidad que en la dilatación, más en el arranque y en la velocidad que en el movimiento, más en la intimidad de la relación que se afirma que en su generalidad; b) no puede separarse de la ruptura y la revolución; errante es el que no se conforma con un estado de cosas o alguien para quien las cosas no tienen estado fijo, sino que busca interrumpir y tornar imposible la continuidad de lo que está siendo; la errancia impide la fijación de un centro o núcleo al cual todas las cosas se remitirían; c) no convive con una preocupación consigo sino con el afuera; el errante está atento y abierto enteramente a los signos revolucionarios en lo que existe, a lo que demanda atención, por eso es una forma de sensibilidad, de inquietud en relación con el afuera y sus habitantes; d) no puede llenarse; el errante se vacía en su errancia. No mira al mundo desde una posición de saber, sino que lo hace, aun sabiendo, sensible a los saberes del mundo; e) afirma siempre *una* vida, un modo de vida por crear, para cualquier ser humano. En la errancia no hay fijación de esta o aquella vida, de un modelo o forma particular de vida, es la vida abierta a una nueva vida de todo y cualquier ser humano que acompañan su movimiento; f) no hay manera de separar pensamiento y vida, escritura y vida, pensamiento y cuerpo, escritura y cuerpo, cuerpo y vida. El errante es el que se juega el cuerpo en el encuentro con otros cuerpos, el que, en su pensamiento, en sus escritos, se juega corporalmente la vida para cambiar la vida, para interrumpir la vida donde no es vida, para permitir el nacimiento de una vida otra, nueva, inexistente hasta el presente.

Así, una vida errante como la de Simón Rodríguez es errante no tanto porque se ha desplazado de un lugar a otro permanentemente sino porque justamente afirma cada una de estas figuras, por su forma densa, intensa, persistente, perdurable de romper los modos de pensar y vivir de su tiempo, por no aceptar la tiranía de lo instituido, por la sensibilidad para pensar y vivir abierto enteramente a revolucionar una realidad pedagógica y social marcada por la exclusión y el sometimiento, y por afirmar la errancia en el cuerpo, en su encuentro con otros cuerpos y otras vidas, en la intensidad de una vida de rupturas, de hospitalidad y apuesta permanente por nuevos inicios de inconformidad, resistencia y nacimientos cargando literalmente con el peso de esa postura errante ante el estado de cosas, comenzando casi siempre de nuevo, como si cada estación, cada ciudad, cada etapa de sus viajes significaría volver todo al inicio. Como si cada escuela abierta fuera la primera escuela, como si cada día entrando a una escuela fuera la primera entrada a una escuela. Es tan intensa la errancia de la vida de Simón Rodríguez que nada parece perdurar ante el vértigo de cada uno de sus movimientos por dar vida a la vida, por poner el cuerpo para errantizar la vida.

Aunque se dedicó a muchas otras cosas, la educación marca profundamente la vida de Simón Rodríguez: dedica su vida errante a revolucionar las instituciones educativas como una manera de revolucionar los modos de vida de su tiempo. Es un educador errante, no tanto por su andar viajero e itinerante sino por la intensidad y radicalidad de su vida educadora, por su estado de abierto a los habitantes de estas tierras. Lucha incansablemente por revolucionar las escuelas, para que ellas atiendan a los desechados por las escuelas existentes y para que en ellas aprendan a pensar no sólo en cómo transformar su condición en la sociedad sino, sobre todo, cómo transformar la propia sociedad que genera

esa condición, en sus palabras, cómo hacer una República de veras. Rompe todas las veces que es necesario —y no son pocas— con las prebendas que significan continuidad de un estado de cosas hostil e inhumano con una parte significativa de los habitantes de estas tierras. Nunca hace nada por comodidad. Enseña la inconformidad, la rebeldía y la apuesta a la creación permanente de un mundo nuevo, de una nueva manera de vivir, inédita no sólo en América Latina sino en cualquier lugar de este mundo. Así don Simón Rodríguez hace escuela: errante, errando, y al mismo tiempo inventando, como analizaremos a seguir.

OBEDECER CIEGAMENTE, es el principio que gobierna.
Por eso hay tantos Esclavos –i por eso es Amo el primero
que quiere serlo.

Enseñen los niños a ser PREGUNTONES!
paraque, pidiendo el POr QUE, de lo que se les manda hacer,
se acostumbren a obedecer... a la RAZÓN!
nó a la AUTORIDAD, como los LIMITADOS .
ni a la COSTUMBRE, como los ESTUPIDOS.

Simón Rodríguez
(II, p. 27)

ENSAYAR LA ESCUELA

3

Tan exótico debe parecer
el PROYECTO de esta obra
como EXTRAÑA
la ORTOGRAFIA en que va escrito.

En unos Lectores excitará, tal vez, la RISA
En otros- el DESPRECIO
ESTE será injusto:

porque,
ni en las observaciones hay Falsedades
ni en las proposiciones. Disparates

De la RISA
podrá el autor decir

(en francés mejor que en latín)

Rira bien qui Rira le dernier.